

En Raúl Andrade, autor de *Gobelinos de Niebla* y otros ensayos que encomió Fernando de los Ríos como obras maestras de nuestro idioma, hemos de encontrar dos fundamentales aspectos: la elegancia, la "nonchalance" de su sosegado ademán, y la sávida sustancia de lo que escribe primero para sí, por una suerte de autonutrición de belleza, y después para los públicos de América. Con su sosiego, ha viajado por las capitales americanas. Ha entregado su tarea de escritor y periodista agrio e irreductible a *El Tiempo* de Bogotá, *El Universal* de Caracas y su homónimo de México. Ha ido por las ciudades y pueblos del Continente en una suerte de trashumancia que no tiene prisa ni atuendo. Y por este modo ha logrado configurar su personalidad a punto de clasificarse entre los más claros, los más pulcros, los más tersos, los más agudos, los más transparentes prosistas contemporáneos de Hispanoamérica.

Raúl Andrade viaja, ahora, a España. Representará a su país, Ecuador, en los achaques de cultura. Recogerá, naturalmente, toda la visión posible de lo que el falangismo deje ver. Pero, aunque el fenómeno universal del escritor sea la observación directa para entregar las conclusiones extraídas, y aunque en España sea la cuestión política —política de campanario— lo que apasiona a los observadores eruditos, en Raúl Andrade hay algo más profundo que lo ata pavorosamente al vientre peninsular: tocar tierra española, besar tierra española, meterse, por todos los sentidos, la verdad adorable y milenaria de esa Patria turbulenta e iluminada. Franco aparte, para Raúl Andrade lo importante es la España sola, desnuda, tangible. Si Raúl Andrade pudiese hacerlo, iría cerca de Francisco Franco y, con su varita nudosa, le cruzaría la cara aunque lo maten al día siguiente junto a las murallas. Empero, lo importante para Raúl es la España permanente. La que sobrevivirá a todos los gendarmes. La que sobrevivió a todas las injurias. La que pasará, rumbo al ideal, por sobre el cadáver de Franco y de todas las militaradas vituperables.

Es seguro que encontraréis en Raúl Andrade un si es no es de amargarura que se trueca dardo y centella; pero el dolor, la an-

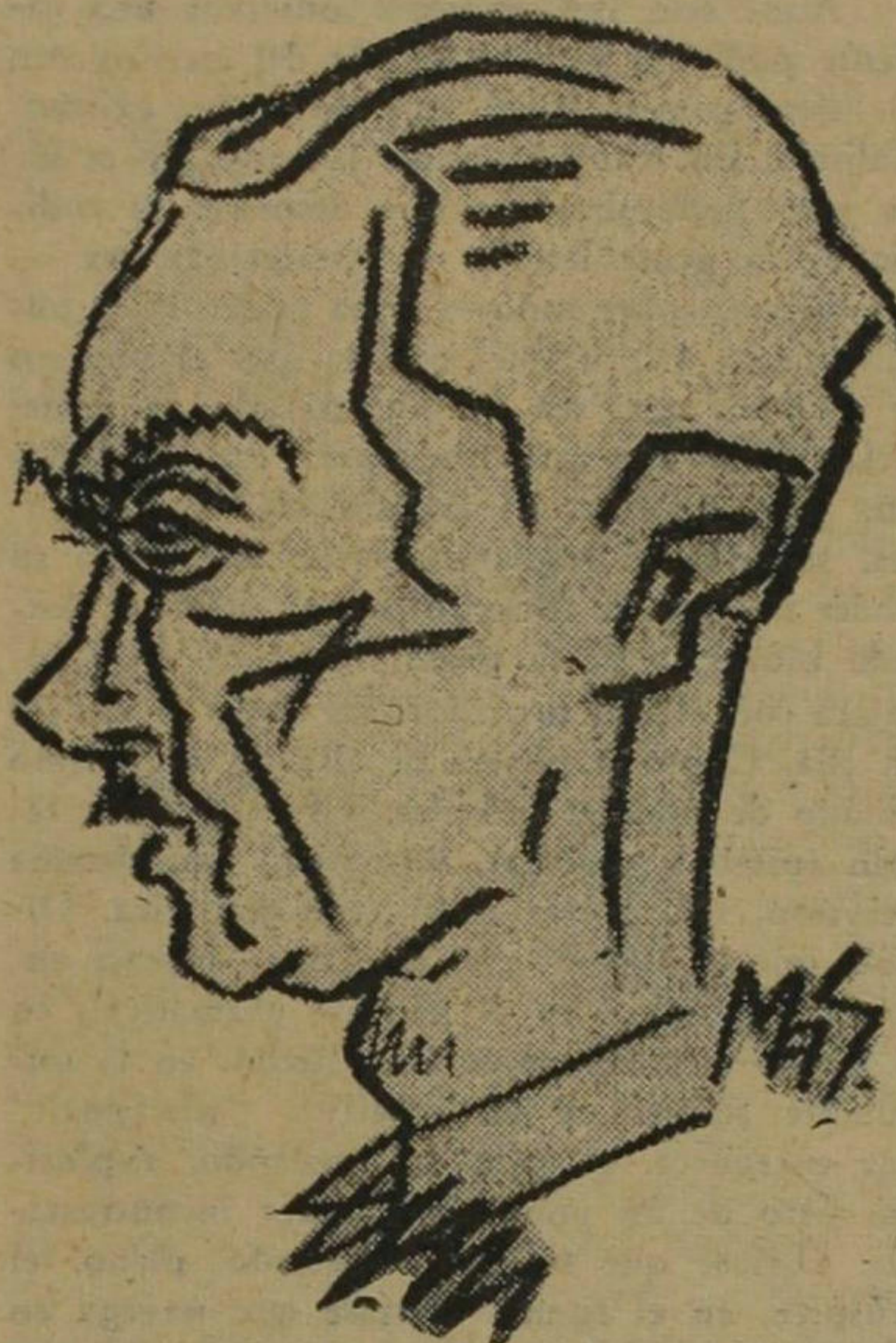
das difíciles de la liberación nacional verdadera. Los tiempos nuevos exigían nuevos procedimientos. Hacía ya largas décadas que la burguesía fuera la clase revolucionaria dirigente en Borinquen —y en todas partes—. Era la hora del proletariado, vanguardia directriz de la independencia, la etapa de la transformación democrática nacional y la definitiva socialista. Largo sería el camino intransitado, duros los sacrificios y renunciamentos, pero el Buen Borincano, como en la ya lejana adolescencia, no vaciló en tomar rectamente, sin desvíos, la ruta hacia la Tierra Prometida del Socialismo, al Canaán de un Puerto Rico florecido.

IV

Estuve junto al Buen Borincano desde la misma noche de su arribo a La Habana. Aquel hombre robusto, de elevada estatura, ostentaba una ancha testa como cúpula de basílica. En sus ojos ligeramente verdigrises y en la piel blanquísima revelaba un ancestro de aquellos rudos y fornidos navegantes, trashumantes de todas las rutas maríneas. En el hablar, matizado de localismos borincuas, se desfloraba la palabra ardida del Apóstol Martí, su Maestro en la adolescencia. Como el artífice de los Ver-

## Raúl Andrade, pionero de la lengua

(En el Rep. Amer.)



Raúl Andrade

guración. Y hay un Tabor par cada angustia. El dolor —quietamente elaborado— surge por las retículas de lo vital, y florece, y triunfa. Es así como el escritor deja dentro de sí mismo la materia primaria, la materia yacente, el residuo que corresponde a la "especie específica", y levanta sobre su obra exterior el producto, que es siempre esplendor y modelación. Que es —también— proximidad al arquetipo. Cuando no es arquetipo en sí mismo. Montaña es, en todo caso, la obra literaria, gustia humana, que suele desgalgarse por inúmeras vertientes, suele alcanzar la transfi-

hermanos de trabajo. Palpó muy a lo vivo la hermosa y aguerrida hueste del Partido Socialista Popular, impulsador y faro del progreso y de la justicia democrática verdaderos. Escuchó la palabra sencillísima, cargada de enseñanzas guiatrices de Blas Roca y el verbo cálido y maestro de Juan Marinello.

Supo así cómo un pueblo desfila sin temores ni vacilantes retrocesos cuando posee conductores fervientes, servidores firmísimos del interés nacional, hombres incorruptibles, tácticos y estrategias del ejército socialista, liberador de la opresión nacional, incesante batallador contra los residuos feudalizantes retardatarios, y el imperialismo, el peor, el más acérrimo y peligroso enemigo de la tierra cubana y de todos los pueblos sujetos a su órbita rapaz y expoliadora. La experiencia cubana infundió renovados vigos al Buen Borincano. Lo que hubo de comenzar en teórico convencimiento, se trocaba en reafirmación practicista, en alentar esperanzado de un similar futuro esplendoroso para su Borinquen entrañable. Y como desde la hora misma de su arribo a La Habana, no dejó un solo instante de bregar, henchido de impacencias febriles, diciendo sin fatiga su verdad en la palabra impresa con singular y esmerada plasticidad, o en el mitin de

sobre la que ha de renovarse a cada paso la pasión de un solo crucificado: la pasión del escritor, sangrante y lacerado, circuido siempre por la perpetua lumbrarada, por el inacabable y tormentoso destello de la Belleza que es, generalmente, para quien le arranca el velo, pavor.

El Ecuador literario está cansado de escuchar los adjetivos que embadurnan la figura de los hombres distinguidos. El Ecuador literario —de veras literario— está cansado de la "cláque" con que se apoyan, entre sí, los cenáculos. El Ecuador literario —de veras literario— está cansado de los lechuguinos de las letras, de las pastosas figuras que tratan de detentar la dinámica artística bajo le égida de las sonrisas mecánicas y las voces gangosas de los taumaturgos. El Ecuador literario de hoy quisiera menos magia simuladora y más tangibilidad provechosa. Quisiera menos almanaques familiares y más publicaciones austeras. El Ecuador literario quisiera menos chillidos de la volatería letrada que anhela ubicaciones en las embajadas, y más libros sinceros, más revistas sinceras, más poetas que no ejerzan pirataje y desvalijamiento, más periodistas irreductibles, más profesores universitarios, más ensayistas desvinculados y probos. El Ecuador literario de hoy quisiera encontrar menos caparazón de crustáceos retóricos, y más, pero mucha más sustancia solidificada, más precipitado puro en la ética, mayor saturación de libertad y decoro en todos sus productos. Las lentejuelas y la morralla de los pierrots; el adorno colorinesco de los semidioses que resultan hombres-orquestas; esa suerte de bisutería con que complementa su tocado de arúspice el crítico de hoy, no pueden constituir la construcción fundamental, la materia ósea, pero ni siquiera los puntos referenciales sobre la autenticidad de una verdadera obra de letras. El adobo adjetivador o la actitud de ungiendo que ejercitan ciertos arúspices de la taumaturgia letrada, no son sino el episodio ex-